

# La Guerra como Historia

## Esa rara costumbre de amar lo muerto

Situaciones de violencia institucional como la que vive el planeta ahora, actualizan un interrogante muy antiguo: el de la incapacidad del mundo para acceder a alguna forma estable de preservar la vida.

Frente a una insoportable avalancha de diagnóstico sobre guerra ganada o perdida, bombas que de verdad matan y petróleo derrochado para nada, el drama sigue siendo el mismo: la sociedad planetaria no ha podido desarrollar una vocación seria para proteger el porvenir.

### *El pacifismo, una flor exótica*

El problema es capaz de enfoques múltiples. No se puede admitir ninguna respuesta simple. Lo cierto es que el mundo se acerca a sus conflictos con cierta naturalidad. La destrucción parece una alternativa biográfica que los pueblos escogen con un gesto muy parecido al que ejercen cuando eligen un gobierno o aceptan resignadamente su destino.

El pacifismo sigue siendo una manera de ser exótica. Las razones para la violencia alcanzan, casi siempre, una fuerza de convicción irreversible. Tal vez este sea el momento de admitir, con los psicólogos, que las pulsiones destructivas forman parte de la vida de los pueblos: es el amor a la muerte, que repugnaba a don Miguel de Unamuno, y que ganó un sitio en el diccionario como "necrofilia". En el sucio comercio entre pulsiones destructivas, el genocidio es la alternativa del poder.

### *La moral de las situaciones excepcionales*

La ética se había muerto mucho antes de que Nietzsche anunciara la muerte de Dios. El problema fue, entonces, no haberse dado cuenta. Ahora, como siempre de frente a las catástrofes, la gente se pregunta cuál es la moral de las situaciones excepcionales. Y se contesta, como hacía André Malraux, que ninguna. Las catástrofes son amorales. Y ya es tarde para advertir el conflicto moral básico que significa propiciar la destrucción de una parte del planeta para asegurarnos el bienestar que nos proporcionará el petróleo. Siempre y cuando todavía quede futuro disponible para disfrutar de algo.

Lo importante es poder dilucidar ahora cómo se ha producido el analfabetismo ético que domina las mentes. Ahora se vive la contradicción más fascinante de los tiempos modernos.

Se trata de algo muy comentado con cierta superficialidad, algo que, bien entendido, puede tener perfiles de catástrofe: la inteligencia técnica es —muy claramente— abrumadora; la inteligencia ética es prácticamente nula.

La guerra contra Iraq constituye un despliegue magnífico de sofisticación cibernética destinada a matar más y mejor. Se han inventado giros neológicos que el idioma apenas aguanta: "armas inteligentes" y "muerte suave"—*soft kill*— en el curso de la guerra electrónica. Las atrocidades de Von Clausewitz son ahora apenas tímidas lecciones para aspirantes a guerreros; todo adquirió, en los actuales procesos destructivos, un sentido de muerte en microchips, y, por lo mismo, más fría: "Control de Emisión Electromagnética" (EMCON), cacería de emisiones eléctricas, calóricas y acústicas, misiles que buscan blancos por sí mismos, misiles antirradar, aviones furtivos, "bibliotecas electrónicas" de mensajes bélicos, emisión de "engaños activos" con señales sintéticas para confundir al enemigo mediante la radiación de nubes de cintas de aluminio, sistemas de contramedidas (ECCM), rayos láser, máscaras y pantallas infrarrojas para ver de noche, cámaras de video en las puntas de los misiles para asistir —por televisión, en cadena y a todo color— a la disolución de los seres y las cosas, y sobre todo velocidades que duplican la del sonido (350 Ms/seg) para llegar al infierno más rápido que Dante.

El derroche de inteligencia para crear, implementar y ajustar estas delicias es innegable. Lo que está en discusión es la microcefalia que opera en el momento de utilizar todo esto en beneficio de Thanatos.

No cabe repetir el análisis de las verdades de superficie y lugares comunes que nadie ignora: la guerra beneficia a enormes y familiares *trusts* del negocio en cuestión, que fue desatada para resolver la recesión norteamericana, que Europa no bloqueó Manhattan después de la invasión de Panamá, que las armas las vendieron los ofendidos, y todo el acervo monoteístico que la prensa pronuncia a los gritos como si fuera una novedad.

Los orígenes oscuros del conflicto moral no están en la provisión de armas que Occidente llevó a cabo tan alegremente con Iraq, o en el silencio prolongado que acompañó al despotismo kuwaití. El conflicto puede ser, si es por llegar más lejos, el de una antigua venganza. Por cierto, los países asiáticos formaban parte, hasta la I Guerra Mundial, del Imperio Otomano que perdió esa guerra. Los países vencedores se

repartieron la región con la misma indisciplina con que se habían repartido África en 1885, y con que repartieron Europa después de 1945. América Latina había sido y sería y sigue siendo objeto de un reparto parecido. Si ha de buscarse una paradoja, ésta es más simbólica que la de los arrepentidos vendedores de armas: nadie pensó seriamente en el antiguo rencor de pueblos sometidos a un despotismo ininterrumpido desde 1914, organizado por ventajas económicas.

La islámica sería entonces la rebelión de los amargados, que podría haberse previsto, sin satélites, desde la mitad de este siglo.

Lo que ocurre es muy serio en términos de amplios procesos históricos. Es muy difícil advertir la historicidad de los hechos que se viven. Los revolucionarios franceses nunca imaginaron que iniciaban una tradición de libertades y derechos cuyos rumores se oyen todavía hoy.

Está ocurriendo un movimiento drástico en la forma de gravitación del poder. Por ejemplo: la II Guerra Mundial terminó con los restos del predominio británico: Churchill, acaso mal convencido de sus palabras, dijo al jurar, que no aceptaba el cargo de Premier para presidir la decadencia del Imperio de Su Majestad Británica, y esa fue justamente la misión que le tenía reservada la historia. Nunca más la desvelada isla recuperó la grandeza perdida en una guerra ganada. De Gaulle, para salvar a Francia, la hizo renunciar a sus pretensiones transatlánticas.

Pero no es cierto que se trate de ciclos metafísicos: la historia circular de Pitágoras (o de Hegel, da lo mismo) no es el juez que nos está conminando. Se trata de procesos mucho más humanos que una historia que se repite.

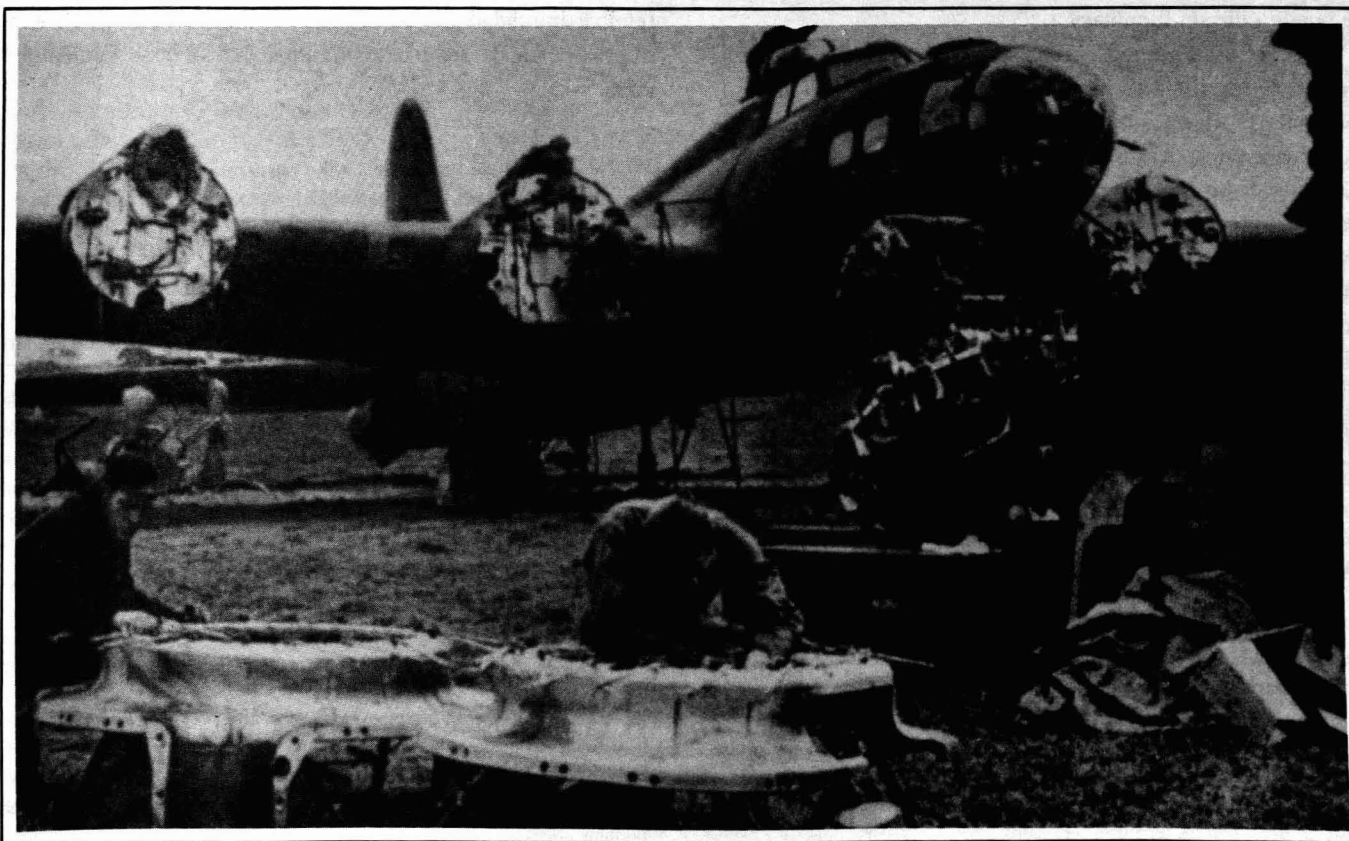
Los perdedores de las guerras suelen encontrarse más fácil-

mente con sus fuerzas reconstructivas: Alemania y Japón son dos palabras que casi no pueden oír los Estados Unidos. Los pueblos de triunfal beligerencia, en cambio, parecen quedar exhaustos después de los festejos.

También está la novedosa aparición del protagonista que hasta ahora había sido actor de reparto. Por primera vez está a la vista el verdadero poder que gravita en torno a los pueblos islámicos y países árabes en general. Ya no será posible planear una estrategia internacional sin ellos, tal y como venía haciéndose hasta hoy. Los problemas de la región deben ser resueltos pacíficamente, o serán resueltos por la fuerza. Es indudable que la guerra fría contenía estas crisis, y las dejó surgir con el desmayo de la grandeza soviética. El poder vacante nos regresó a un orden internacional selvático. El que tiene armas se puede sublevar aprovechando la soledad del gendarme único. Esta situación debe desaparecer, y habrá que generar hacia el futuro un orden internacional distinto. Ya no puede admitirse el libre tráfico de armas. Los próximos tratados han de tener esa única preocupación.

Israel, cuya existencia, propósitos y motivaciones sagradas respetamos con fe no mentida,<sup>1</sup> ha seguido una política errá-

<sup>1</sup> Cf. Daniel E. Herrendorf, "No hallarás rosas para tu madre - (carta a los judíos)", México, 1991; *El Nacional*, 19 de enero, primera plana. "Indira Gandhi", Buenos Aires, 1984; *Nuevo País*, segunda quincena de noviembre, págs. 14-15. "Traficantes de guerra", Buenos Aires, 1986; *La Vanguardia*, 1ro. de mayo, pág. 8. "Filosofía de la destrucción", Buenos Aires, 1986; *La Vanguardia*, 8 de noviembre, pág. 8. "Los Nihilistas a medias", Buenos Aires, 1985; *La Vanguardia*, 5 de septiembre. "Reflexiones relativas al porvenir", Buenos Aires, 1985; *La Vanguardia* 25 de julio, pág. 8. "Nosotros, los de siempre", Buenos Aires, 1987; *La Vanguardia*, 4 de junio, pág. 5. "Desde esta noche inmensa y radioactiva", Buenos Aires, 1986; *La Vanguardia*, 8 de mayo.





tica. La intransigencia política de los gobiernos posteriores a Begin – y en especial la administración Shamir – ha servido para enardecer los ánimos de los propios judíos progresistas, y, en grado superlativo, los ánimos de los árabes.<sup>2</sup> Su política fue la negación: no ver el problema. Pero quien se niega a ver un conflicto se lo encuentra finalmente sentado en la sala de su casa. Nadie ha evitado ejecutar gestos imperdonables, y es casi un suicidio entrar claramente en situaciones de las que no se puede salir sin humillación.

Ni Israel ni el mundo pueden negar que la situación palestina ha de ser discutida lúcidamente con los árabes. El diálogo de fusiles es –si no – la alternativa. Y esto va dicho con independencia de la famosa “vinculación” entre la invasión de Kuwait y el problema palestino, exigido por Iraq como parte de su estrategia.

Como previeron todas las mentes lúcidas, ahora los problemas son simplemente irresolubles. Es la consecuencia de llegar tan lejos en el manipuleo de las conciencias y el abuso de las tácticas. Tanto que hasta las Naciones Unidas creyeron en que ya no es posible purificar la zona sin destruirla. Decisión que las Naciones Unidas podrán pagar con su virtual desaparición, y con la evaporación de su dignidad, ya consumada.

Las tonterías que se dicen sobre los pueblos árabes –iguales a las que decían los españoles de los indios en el siglo XVI: inferioridad sustancial, religión primitiva, violencia ontoló-

<sup>2</sup> La peculiar situación del Estado de Israel y la ancestral y vergonzosa persecución de los judíos, convierte en algo muy complicado poder condenar las actitudes del gobierno judío. En mala hora Enrique Krauze recordó el término acuñado por Theodor Lessing, “jüedischer Selbsthass” (autoodio judío) –para calificar a los judíos que atacan a Israel– en el curso de una discusión periodística que no merece ninguna atención académica (Cf. *La Jornada*, 22 y 23 de enero de 1991). Lo cierto es que separar la paja del grano es muy difícil en la crisis de Israel con los territorios ocupados.

gica– harían reír a carcajadas a los antropólogos y los historiadores serios. Ahora que las formas del poder se demuestran bajo la máscara de una furia contenida desde hace décadas, descubrimos las Indias Orientales: Asia también existe. Y Occidente está indignado porque nadie le había dado autorización a esa zona del atlas para hacer otra cosa que no fuera vender petróleo barato. Por eso el discurso occidental pareció decir “¿Qué hacen Ustedes aquí, que deberían estar tan callados?”. Pues siempre estuvieron aquí. Aquí, no allí. El mundo reaccionó como si hubiera empezado a hablar la loca de la casa, que tanto apreciaba Santa Teresa.

Nadie pareció escuchar el enorme consejo de Santo Tomás de Aquino: “Huye de las cosas que te exceden”.

Otra gran vergüenza habrá que admitir: la terrible ignorancia que, en la porosa era de la información, teníamos sobre los países árabes y los pueblos musulmanes. Gandhi mundializó a la India por el amor, y Saddam a su pueblo por el odio; pero lo cierto es que fue necesaria una situación fronteriza para que el mundo descubriera una región con la que nunca se atrevió a convivir.<sup>3</sup>

La guerra sucede. El problema será cómo reorganizar este planeta cuando este conflicto se acabe. No es impensable que la sociedad política norteamericana –que no siempre sabe lo que hace– haga un gesto de hartazgo y su sistema político se fisure. Tal vez Bush, que en la soledad de su torpe audacia se atragantó con dos miserias contradictorias –la invasión de Panamá y la oferta de sangre joven para condenar una invasión idéntica–, se convierta en otro Churchill decadente dispuesto, a su pesar, a presidir el agotamiento de una forma de ejercer el poder que ha causado ya medio año de repudio. Esa sería una cuestión menor: los enormes problemas de Medio Oriente no lo son. Tampoco lo será el debate sobre la temible inutilidad de los organismos internacionales, ni una nueva forma de seguridad mundial que deberá implementarse. ◇

<sup>3</sup> Las editoriales de los Estados Unidos registraron ventas desmesuradas de libros y revistas sobre el Islam, los pueblos árabes, los chiitas, los mahometanos, la historia de Allah, el *Corán* y hasta *Las Mil y Una Noches*. Entre nosotros, la polución no es menos intensa; confrontar solamente la oportuna (?) publicación de ensayos al respecto: “Un oriente que se aproxima” por Edward W. Said, *El Nacional*, “Cultura”, pág. 9, México, 15 de enero de 1991. “El Islam es el chivo expiatorio”, por Mohamed Arkoum, *El Nacional*, “Cultura”, pág. 11, México, 15 de enero de 1991. “Los países de las hadas también son espantosos”, por Anthony Burgess, *El Nacional*, “Cultura”, pág. 13, México, 14 de enero de 1991. Aquí se habla, por ejemplo, de “La estupidez de los traficantes de muerte islámicos”. En este caso el oportuno enemigo es Irán, cuya persecución de Salman Rushdie no debería ser utilizada para ridiculizar a TODO el Islam –y menos en esta hora– como si la religión católica pudiera medirse sólo por la Inquisición, o la judía sólo por la ocupación de territorios palestinos. “Mujeres árabes”, texto reproducido del libro “Women: in all Ages and in all Countries”, 10 vol., George Barrie and Sons, Filadelfia, 1907; *El Nacional*, “Lectura”, pág. 9, México, 19 de enero de 1991; véase que el texto fue editado en 1907; la crítica bibliográfica con la transcripción correspondiente se realiza 84 años después: en 1991 y en medio de la guerra. Una nota marginal: el eco de la superchería: nadie se ha perdido la oportunidad de retorcer los párrafos del Antiguo Testamento y hacer hablar a Jeremías sobre la guerra del golfo. El Director del Instituto de Investigaciones Religiosas de Israel, Jorge Pleskof, tomó a su cargo la tarea en detalle. Sin duda, la ubicación de Babilonia en Iraq fue muy oportuna.